

¿Alarmismo demográfico?

Julio Vinuesa

Poco, muy poco, ha interesado la evolución de la población española a lo largo del siglo XX y no porque los fenómenos demográficos vividos no mereciesen una mayor atención: estamos sencillamente ante un ejemplo más de insuficiente dedicación a la investigación y al estudio. La dinámica demográfica ha destacado entre los principales cambios que han ido produciéndose en la sociedad española de los últimos cien años y, sin embargo, en España no es posible obtener titulaciones universitarias en Demografía, existe un solo centro de investigación[1] dedicado al estudio de la población y tampoco se editan publicaciones científicas especializadas. Como es fácil imaginar, todas estas carencias componen un panorama demográfico nacional en el que predominan las zonas oscuras y los territorios por explorar. Pero quizá lo más lacerante es la ausencia total de políticas demográficas en sentido estricto: bien podría decirse que la única política de población aplicada permanentemente en España ha sido la de no hacer nada.

De pronto, sin embargo, en enero de 2000, como si del descubrimiento de una repentina y grave enfermedad se tratase, con sorprendente unanimidad, todos los titulares de los medios anuncian problemas demográficos capaces de ensombrecer el presente y, sobre todo, de comprometer gravemente el futuro. Como si se difundiese una noticia contrastada, se repiten mensajes de alarma con diagnósticos tan contundentes como preocupantes sobre el futuro de algunos de los elementos básicos de las estructuras sociales y económicas. A la hidra demográfica se le distinguen cuatro cabezas principales:

1. El crecimiento de la población amenaza con hacerse negativo y, en consecuencia, España perderá población (decrecimiento, falta de pujanza, pérdida de posición en el ránking internacional).
2. Las menguadas generaciones de jóvenes no tendrán el tamaño necesario para reemplazar a las que vayan jubilándose y, en un futuro no muy lejano, no habrá el número suficiente de trabajadores para que el sistema productivo permita mantener los actuales niveles de bienestar (estancamiento, recesión, empobrecimiento).
3. La población de jubilados no cesa de crecer, por lo que se alcanzarán proporciones insostenibles de pensionistas (quiebra, desatención, abandono).
4. En consecuencia, será necesario recurrir a grandes cantidades de mano de obra extranjera (invasión irremediable).

Un informe del Departamento de Población de Naciones Unidas[2] que, en un tono alarmista y seguramente provocador, se pregunta, ya en su título, si en algunos países evolucionados, entre ellos España, las migraciones de reemplazo[3] son una solución para sus poblaciones envejecidas y en declive, actuó como detonante. En síntesis, el

diagnóstico viene a ser el siguiente: si se mantienen las pautas de comportamiento demográfico actuales, España tendrá en 2050 nueve millones y medio de habitantes menos que ahora, pero el problema se agudiza en los cambios que habrán de producirse en la estructura de la pirámide y, concretamente, en la relación numérica existente entre la población en edad de trabajar y la que ya ha cumplido los 65 años (edad teórica de jubilación). En la actualidad hay más de cuatro personas en edad activa por cada jubilado y, según los cálculos de Naciones Unidas, dentro de cincuenta años sólo habrá 1,4. Eso es lo que hará la situación insostenible, ya que las generaciones en edad de trabajar, mermadas por decenios de baja fecundidad, no podrán sostener económicamente a los jubilados, y para mantener el actual equilibrio de aquí a 2050 serán necesarios un total de doce millones de inmigrantes, en dosis anuales de unos 240.000[4].

La primera amenaza que se cierne sobre nuestras cabezas, por tanto, es que España va a ver disminuir su población, y nada menos que un 22% para 2050. Los crecimientos negativos producen la impresión de que está perdiéndose dinamismo social y potencial económico. España, que resulta ser el menos poblado de entre los países «grandes» de la Unión Europea, registró a lo largo de los años noventa el ritmo de crecimiento más bajo. Las causas inmediatas de este hecho son inequívocas: nacen cada vez menos niños y aumenta el número de fallecimientos. En la década de los sesenta nacieron del orden de 670.000 individuos al año. A esa cifra había que sustraer una media de 280.000 fallecimientos, lo que arrojaba un crecimiento medio anual de unos 390.000 habitantes. Los últimos datos ciertos, que son de 1999, nos hablan de 380.000 nacimientos, 361.000 defunciones y un crecimiento de 19.000 individuos. Estamos ante un proceso que comenzó hace más de veinticinco años y cuya principal causa es el descenso de la fecundidad. Sin embargo, hace pocos meses, la prensa[5] anunciaba que la población española había alcanzado ya los 40 millones de habitantes gracias a la inmigración. El hecho tenía especial relevancia porque venía a desmentir los augurios pesimistas de que nunca se alcanzaría tal marca[6] y por la causa que lo había producido, ya que la inmigración no había sido para nosotros un componente de crecimiento positivo desde la invasión árabe[7]. Los flujos de inmigrantes son necesarios para que no merme la población española, pero además desempeñan un importante papel en su rejuvenecimiento. Como es bien sabido, las migraciones por motivos económicos aportan a los lugares de destino básicamente individuos adultos jóvenes, que es tanto como decir fuerza productiva, capacidad reproductora y aumento de natalidad (nacimientos por cada mil habitantes). Estamos, por tanto, ante una de las primeras apariciones oficiales del componente migratorio como hecho demográfico cierto y positivo. Los últimos datos de nacimientos registrados en España reflejan también aumentos que en buena medida corresponden a madres extranjeras[8]. Ya en el año 1998 esos nacimientos evitaron que España tuviese por primera vez un saldo favorable a las defunciones. Al margen de la veracidad del dato[9], hay que hablar, de momento, de un leve cambio de tendencia, que hace que la curva de crecimiento de la población española repunte hacia lo que técnicamente se denomina *crecimiento cero*, espantando así el fantasma del decrecimiento.

Abordemos ahora el segundo de los males demográficos anunciados: en un futuro no muy lejano no habrá, según se estima, el número suficiente de trabajadores para atender el sistema productivo. Antes de entrar a matizar estas valoraciones sobre el proceso de «estrechamiento de la base de la pirámide», hay que dejar claro que

estamos ante unos datos incuestionables y, en cierto modo, inamovibles. Por una parte, tenemos la evidencia de los nacimientos habidos en los últimos años, pero además hay que pensar que las generaciones o grupos de individuos nacidos en un mismo año natural se desplazarán en el tiempo, a lo largo de su línea de vida (es decir, durante los próximos ochenta o noventa años), siempre con su tamaño inicial, progresivamente mermado por la mortalidad y sólo eventualmente modificado por salidas o entradas de migrantes. Los efectos de la caída de la natalidad se dejarán sentir de distintas maneras mientras duren las respectivas generaciones.

Así, cabe suponer que cada año el mercado de trabajo acogerá a la generación de los nacidos veinticinco años antes. En 2000, esa generación estará integrada en España por los 670.000 nacidos en 1975. Si nos desplazamos al año 2010, los que cumplan 25 años serán menos de 440.000 y en 2025 sólo los 395.000 nacidos en 2000. Estos datos muestran que irá reduciéndose la relación entre el número de jóvenes que se incorporan al mercado laboral y el de los que lo abandonan por jubilación: el tamaño de la población en edad activa, por tanto, irá menguando. Obviamente, sin embargo, la población activa no crea los puestos de trabajo, ni el aumento de los puestos de trabajo es necesario para incrementar la producción. Algunas regiones urbanas europeas vienen registrando índices de crecimiento del PIB decenas de veces mayores que los correspondientes a la evolución del empleo[10]. Para valorar, a esos efectos, la capacidad de reemplazo de una generación hay que tener en cuenta, además de la población en edad de trabajar, las tasas de actividad e incluso los superiores niveles de cualificación profesional de las generaciones posteriores con respecto a las precedentes. Por lo que se refiere a la edad de trabajar, hay que pensar -y quizás esta reflexión ya sería suficiente- que sus límites cambian con el tiempo. Ni la edad de incorporación ni la de abandono de la actividad son las mismas ahora que hace cincuenta años y habrán de cambiar mucho en el próximo medio siglo. Simplemente moviendo estos límites de edad podría modificarse a nuestro antojo la capacidad de reemplazo.

Por otro lado, mientras que en la actualidad nuestras tasas de actividad femenina están muy por debajo de la tasa media de la UE, las generaciones de mujeres que vayan incorporándose al mercado de trabajo tendrán tasas mucho más altas que las de las generaciones de sus madres. Puestos a amasar números, aplicar la tasa actual de actividad femenina de la UE a la población española equivaldría a poner en el mercado de trabajo a otro millón y medio de mujeres activas[11]. No pueden dejar de echarse en falta reflexiones sobre las causas de por qué esto no es así y sobre las consecuencias que podrían derivarse de semejante aumento de la población activa.

Siguiendo la misma línea argumentativa, y con el apoyo de idénticas cifras, habría también que reflexionar sobre algunos otros aspectos sociodemográficos. Por ejemplo, la disminución en el tamaño de las sucesivas generaciones de españoles podría valorarse desde la perspectiva de la disminución del esfuerzo, ya que no puede pasarse por alto el alivio que para las economías familiares y para el gasto público ha supuesto la disminución del número de niños y jóvenes como individuos dependientes a los que atender. Así, cabe también preguntarse por los efectos que, sobre el aumento del consumo individual, ha podido producir el incremento de la renta familiar disponible por individuo, con lo que ello supone de adquisición de hábitos y actitudes. O por la progresiva disminución del paro juvenil y si la escasez de mano de obra hará que

mejoren las condiciones laborales y los salarios para los jóvenes. De igual modo, y puesto que disminuirán las necesidades de primera vivienda por emancipación, podría pensarse en un abaratamiento del mercado de la vivienda tan necesario como poco probable, ya que por tratarse, cada vez más, de un mercado de inversión, ha ido haciéndose inelástico a la dinámica demográfica.

Tampoco se ha reseñado aún otro aspecto problemático de gran trascendencia demográfica: la merma del tamaño de las generaciones de madres potenciales hará que los nacimientos vayan disminuyendo proporcionalmente. Sólo para mantener los bajos niveles actuales, sería necesario que las próximas generaciones de madres españolas elevaran inmediatamente su fecundidad a unos índices imposibles en la práctica. Ante este conjunto de problemas, que podrían resumirse en una insuficiente capacidad de reemplazo, se propone también como solución la aportación migratoria de adultos jóvenes que produciría un ensanchamiento de la base de la pirámide. Esa especie de propuesta de trasplante demográfico, sin embargo, no es válida, ya que en la práctica no es posible precisar ni la intensidad de los flujos ni la tipología de los inmigrantes.

En la otra cara de la moneda, y con ello abordamos ya el tercer punto de los reseñados más arriba, el aspecto de la dinámica demográfica que produce mayor interés y preocupación es el denominado problema del envejecimiento de la población y, en concreto, sus efectos sobre la viabilidad del actual sistema de pensiones. Veamos una breve explicación demográfica de la etiología de este proceso. El número de personas mayores de 65 años[12] depende, migraciones aparte, de las pérdidas por fallecimientos dentro del grupo y de las incorporaciones de quienes van cumpliendo esa edad. Aquí el fenómeno determinante es el aumento de la esperanza de vida o la disminución de la probabilidad de muerte para todos los individuos cualquiera que sea su edad. Es un proceso que viene produciéndose ininterrumpidamente desde hace más de cien años, al hilo de las mejoras en las condiciones de vida y en la sanidad, que hacen que cada vez sea mayor la proporción de los individuos de cada generación que superan el umbral de los 65 años y que, traspasada esa barrera, sobreviven durante más años.

Las hipótesis más frecuentes sobre el futuro de la esperanza de vida apuestan porque seguirán manteniéndose los alargamientos, aunque la proximidad al límite de la vida humana hará que sean cada vez más leves, sin dejar de lado los recientes avances en ingeniería genética que, al parecer, permiten augurar aumentos espectaculares en los límites de la vida humana en un futuro no lejano. En todo caso, la mortalidad sólo puede limar más o menos el tamaño original de las generaciones, que es –por sí mismo– otro elemento clave. Así, por ejemplo, entre 2001 y 2004 cumplen los 65 años las magras generaciones nacidas durante los años de la guerra civil, lo que está produciendo un momentáneo remanso en el aumento del número de pensionistas. A partir de 2041 irán cumpliendo los 65 años las generaciones nacidas a partir de 1976, menguadas por el descenso de la natalidad, con el consiguiente alivio para la relación de dependencia, si es que para entonces se mantiene la jubilación a esa edad.

Los números del pasado reciente y del futuro son en este caso especialmente llamativos. En 1960, los mayores de 65 años eran 2,5 millones, mientras que en 1996 el grupo aumentó hasta los 6,2 millones. La población española creció en ese período con una tasa anual del 0,74%, pero los mayores de 65 años lo hicieron con un ritmo tres

veces mayor. Este proceso es aún más dinámico si lo centramos en los habitantes más longevos: las causas son las mismas, pero los efectos son mucho más acusados. El ritmo de crecimiento de los mayores de 85 años es cinco veces mayor que el del conjunto de la población española. De los casi 370.000 habitantes que había en 1960 se ha pasado a casi 1,4 millones. Las proyecciones demográficas, cuya veracidad dependerá de que se mantengan las tendencias de mortalidad estimadas –cosa que ocurrirá en ausencia de guerras, catástrofes naturales, nuevas e incontroladas causas de muerte o descubrimientos que permitan alargar mucho más la vida– anuncian crecimientos inexorables que nos llevan a más de ocho millones de mayores de 65 años en 2025.

Ante este progresivo ensanchamiento de la parte alta de la pirámide, que contrasta con el debilitamiento de la base, lo que causa alarma es que se altere el equilibrio entre generaciones. El resultado es una población en declive que, sin embargo, tendrá que dar respuesta a unas necesidades crecientes, lo que apunta inevitablemente a una reforma del actual sistema de pensiones para hacer frente al descenso de la relación afiliados/pensionistas. Las propuestas más frecuentes giran en torno a la reducción de la excesiva «generosidad» del actual sistema de reparto, que además deberá ser complementado con planes de pensiones privados obligatorios. Por lo que respecta al aumento del gasto sanitario (ha de atenderse a un número creciente de individuos muy longevos y, por tanto, progresivamente necesitados de asistencia), habría que relativizar la importancia del componente demográfico, ya que el incremento que se ha producido en los países desarrollados durante el último cuarto de siglo se debe, mucho más que a la longevidad, a la extensión y la intensificación de la atención sanitaria, y en concreto al empleo, muy costoso, de las nuevas tecnologías.

Pero los cambios derivados del aumento de la población dependiente no se circunscriben a la dimensión económica, aunque sea la única que publicitan los medios de comunicación. Por ejemplo, el término *dependencia*, que hasta ahora se ha utilizado únicamente en su acepción económica, se abre camino con un significado diferente. Los *dependientes* son las personas que han perdido autonomía para realizar actos cotidianos y vulgares pero imprescindibles, como comer, pasearse, asearse, etc. A partir de ciertas edades crece considerablemente la proporción de personas con necesidad de ayuda para realizar actos hasta entonces triviales[13]. La generalización de la longevidad, el alargamiento de la vida, va a abrir muchos nuevos frentes para la asistencia pública y para los seguros privados, pero tendrán que seguir siendo la familia y el entorno más próximo quienes asuman la mayor parte de esta responsabilidad[14]. La necesaria solidaridad entre generaciones se concreta en la que se conoce como *familia vertical*, aunque en realidad el eje que vertebra y aguanta todo el peso de estas situaciones es casi en exclusiva la mujer, esposa o hija del dependiente[15]. Los programas de construcción de viviendas adecuadas para las familias con varios núcleos, en los que sea posible compaginar las ayudas y la independencia, constituyen una necesidad básica para afrontar la nueva situación.

El cuarto de nuestros apartados se refería a la llegada de inmigrantes como la solución demográfica evidente cuando el objetivo es completar las generaciones con tamaño insuficiente. La migración, como fenómeno demográfico, tiene atributos que la diferencian radicalmente del comportamiento natural de la población. Tanto la natalidad como la mortalidad son componentes endógenos, estrechamente vinculados a

la propia estructura social y económica. Sin embargo, al analizar las migraciones no puede obviarse su dimensión territorial. Tienen un origen y un destino y, por tanto, motivaciones y consecuencias correspondientes a los respectivos ámbitos. Todos y cada uno de los inmigrantes que llegan a España vienen de un país que, de una u otra manera, les ha empujado a irse. Complementariamente, las circunstancias de nuestro país desencadenan en ellos deseos de venir. Su actitud personal, sus capacidades y sus ambiciones acabarán por materializar su aventura. Por eso las migraciones que hayan de llegar estarán siempre condicionadas por las circunstancias personales de los migrantes en sus países de origen, y es que a veces, cuando se manejan cifras de inmigrantes necesarios para España, parece como si fuesen a traerlos de un enorme almacén de mano de obra con exceso de *stock*, del que podrán obtenerse indefinidamente envíos a voluntad y sin restricciones.

Otra de las peculiaridades de las migraciones es la dificultad de medirlas y no sólo porque en buena medida formen parte de un proceso irregular. En concreto, las cifras de los inmigrantes que han llegado a España no pasan de ser aproximaciones más o menos fundamentadas que impiden realizar valoraciones demográficas precisas sobre su significación. Cuando se habla de migraciones, las perspectivas de futuro resultan especialmente inciertas. Piénsese en que para hacer previsiones sobre flujos hay que imaginar cuál podría ser a lo largo del tiempo la situación de los países emisores actuales y futuros, y cuál el comportamiento de España como receptora en probable competencia, deseada o no, con otros destinos más o menos atractivos o acogedores. Los informes en los que se proclama el número de trabajadores necesarios, caso de los realizados por algunas organizaciones empresariales, están inspirados en objetivos económicos, a veces tan concretos y ajenos a la demografía como obtener mano de obra barata para sectores poco tecnificados. Por otro lado, en cuanto que sucesos demográficos, las migraciones son reversibles. Quiere ello decir que existe la posibilidad de que los emigrantes, transcurrido un cierto período, modificadas las circunstancias de su país, del país receptor o su propia actitud personal, decidan retornar a sus lugares de origen, lo cual constituye otro importante elemento de incertidumbre sobre la huella que puedan dejar las migraciones en la estructura demográfica a medio o largo plazo. Aunque aún es incipiente y por ello puede parecer algo anecdótico o irrelevante, lo cierto es que, en algunos casos, la internacionalización de la economía y el teletrabajo permiten desarrollar nuevos modelos de deslocalización de la actividad que podrían llegar a paliar la necesidad de las migraciones. Además, no deja de ser desesperanzador mantener como hipótesis para la existencia de flujos anuales de inmigrantes la tendencia indefinida de desequilibrios crecientes entre unos pocos países, cada vez más ricos, y el resto del mundo, cada vez más pobre.

Concluidos estos comentarios, necesariamente breves, sobre la dinámica de la población, es necesario detenerse en dos ideas que resultan complementarias. En primer lugar, los datos demográficos permiten sencillos ejercicios de contabilidad, e incluso pueden ser extrapolados hacia el futuro sin un gran esfuerzo. Unas técnicas no muy complejas y un simple ordenador permiten proyectar con facilidad a 2050 o a 2200, si se tiene el capricho de hacerlo. La evolución futura de la población depende en parte de la situación demográfica de partida, al alcance de cualquiera, pero también de cuál va a ser en adelante el comportamiento de los componentes del crecimiento, un elemento que, como siempre que miramos hacia el futuro, hay que imaginar. Lógicamente, las probabilidades de acertar disminuyen a medida que alejamos el

horizonte de nuestras previsiones: que sea el lector quien saque sus propias conclusiones sobre la fiabilidad de las proyecciones a cincuenta años vista.

La segunda idea se apoya en los fundamentos teóricos de otras disciplinas sociales, especialmente la geografía humana, y quiere resaltar la complejidad de los fenómenos geodemográficos, que obliga a una valoración holística de la realidad. Los distintos componentes de la dinámica demográfica han de considerarse como parte de la estructura territorial, en la que interrelacionan con los elementos espaciales y los de las estructuras social y económica. La población no puede ser nunca una variable independiente, ya que ni el descenso de la fecundidad ni el aumento de la esperanza de vida son fenómenos naturales, indiferentes a la dinámica social y económica. Así, por una parte, es necesario desdramatizar, animando a dudar de la certeza de los peligros demográficos que se anuncian; por otra, hay que reclamar atención para aspectos de la dinámica demográfica que, por no guardar un parentesco directo con intereses económicos concretos, pasan totalmente inadvertidos a pesar de su trascendencia social.

En relación con las alarmas demográficas, y aprovechando su gran resonancia mediática, seguiremos guiándonos por el informe de Naciones Unidas. La precisión y la rotundidad de sus afirmaciones, o el hecho de que provengan de expertos de un organismo tan importante, no debe ser óbice para que nos preguntemos: ¿en qué se basan para predecir con tanta seguridad lo que va a ocurrir de aquí a cincuenta años? ¿Cuáles son los fundamentos teóricos y cuáles los procedimientos técnicos utilizados para poder predecir y tratar de organizar un futuro demográfico tan lejano? Es fácil encontrar ejemplos que demuestran la creciente imprevisibilidad: muchas de las actuales formas de convivencia o algunas de las actividades económicas hoy predominantes, por ejemplo, no eran imaginables hace tan sólo veinticinco años. A finales de la década de los cincuenta, cuando con menos de treinta millones de habitantes y ciertos delirios imperialistas se anhelaba una España de cuarenta millones, no era posible imaginar que esa cifra se alcanzaría sólo gracias a los inmigrantes que, en parte no desdeñable, han venido de los países al otro lado del telón de acero, entonces infranqueable y hoy un vago recuerdo histórico. Y qué decir de las posibilidades de movilidad, casi la ubicuidad, que ofrecen ya, y sobre todo anuncian, los avances tecnológicos en materia de transporte y comunicaciones.

Según los cálculos del informe de Naciones Unidas, a la situación de partida (volumen y composición por edades), como hecho cierto, han aplicado las pautas de comportamiento de la fecundidad y de la mortalidad que, de acuerdo con su propia previsión, van a producirse. La fecundidad puede aumentar, pero no va a variar de forma significativa, mientras que sólo cabe esperar que prosiga el aumento de la esperanza de vida. En cuanto a la estimación del comportamiento migratorio, el método del informe es radicalmente distinto. Partiendo de los cálculos de los componentes endógenos, ya mencionados, y una vez establecido, con criterios estrictamente económicos, que hay que mantener el modelo demográfico actual, se deduce cómo tendría que actuar el otro componente de la dinámica demográfica (los saldos migratorios) para compensar la insuficiencia de la dinámica natural. Los resultados están por lo tanto determinados por las hipótesis de comportamiento vegetativo y por la discutible necesidad de mantener la estructura actual. La proyección irá ajustando numéricamente el efecto de las migraciones sobre el crecimiento para mantener la

composición deseada.

En el ámbito científico-técnico existe una imposibilidad de precisar en el análisis de la realidad social, y especialmente en su prognosis, todo lo que se desearía. Lo que son simples simulaciones experimentales no pueden nunca transformarse, por tanto, en argumentos irrefutables que acaban dando lugar a mensajes espectaculares y atemorizadores. Imaginemos a unos expertos en bioquímica que, al margen de cualquier otra consideración, tras observar a un niño comer una docena de pasteles en un cuarto de hora, y conociendo perfectamente la composición de lo ingerido y la capacidad de asimilación del organismo humano, en función de los diferentes parámetros bioquímicos, tras análisis muy precisos e inequívocos, concluyen pronosticando el próximo fallecimiento del niño, señalando incluso, de acuerdo con sus sofisticadas técnicas, el momento exacto. El diagnóstico sería incuestionable excepto por el hecho de que se ha realizado bajo la suposición de que el niño va a mantener constante el ritmo de deglutir pasteles. Ha faltado también el conocimiento de experiencias anteriores, que enseñan que la voracidad del niño se apacigua, además de que resulta necesario constatar cuál era el número de pasteles disponibles.

Obviamente, la práctica de ejercicios de simulación es valiosa para el conocimiento. El «¿qué pasaría si...?» es ilustrativo y puede servir de gran ayuda en el intento de organizar el futuro en la práctica planificadora. Pero los ejercicios de simulación demográfica y su divulgación mediática deberían ser valorados como tales y utilizados estrictamente de acuerdo con su auténtico significado. A partir del informe de Naciones Unidas, como de otras muchas valoraciones que vienen haciéndose de las relaciones de dependencia en la dinámica de la población española, se construyen futuribles a partir de supuestos nada fiables. Sucede, además, que en esos ejercicios de predecir el futuro suele abusarse de otra práctica tan común como ajena a la lógica, que consiste en comparar parámetros y situaciones saltando en el tiempo pero ignorando los efectos de su paso. Nuevamente se consideran constantes, inmutables, el resto de los elementos de la realidad económica y social. Se hace un viaje de cincuenta años hacia el futuro y lo que se ve se valora desde la perspectiva del mundo actual, que para entonces será poco más que un curioso recuerdo. Por ejemplo, se comparan relaciones numéricas de habitantes en edad activa y jubilados para concluir que viviremos una situación crítica dentro de cincuenta años, pero se mutila la realidad al no considerar la cualificación de la mano de obra, la eficiencia de los sistemas productivos ni el modelo de sociedad: la capacidad de crear riqueza, en definitiva, en uno y otro momento.

Es evidente, por ejemplo, que el número de habitantes potencialmente activos no es suficiente para comparar el capital humano de la España de 2000 con el de 1950 ni con el de 2050. Pero para comprobar el limitado significado económico de tal tipo de relaciones no hace falta desplazarse en el tiempo: basta con observar lo que ocurre en otras regiones del mundo actual con poblaciones más jóvenes pero menos cualificadas, con sociedades menos organizadas y sistemas económicos menos eficientes. En la sociedad del conocimiento, el capital humano habrá de medirse no tanto por la fuerza de los pares de brazos, como hacía Mao, como por la formación de las inteligencias. Igualmente ilustrativo resulta contraponer la decrepitud física y el desamparo social de un «anciano» de 65 años a mediados del siglo XX y lo que en la actualidad representa un recién jubilado lleno de capacidades y de presencia social y con unas expectativas

de vida de unos veinte años más. ¿Cómo habría que haber valorado el actual envejecimiento de la población desde la óptica de 1950? Quizás estimando únicamente unas enormes necesidades de asilos de beneficencia imposibles de satisfacer. Tampoco pueden obviarse, por último, los cambios que tienen que producirse en todo el mundo en el papel a desempeñar por la mujer en la familia, en la sociedad y en la economía: Paul Wallace ha escrito que tras el «seísmo demográfico» subyace una convulsión de género[16].

En las presentaciones de los problemas demográficos que nos amenazan se mencionan, no siempre con acierto, las causas inmediatas, pero raramente se busca la raíz. Así, parece que no reviste interés por qué las mujeres españolas han retrasado y han reducido tan drásticamente su fecundidad. Por qué España, de ocupar la cabeza ha pasado a la cola del ránking de fecundidad de los países de la UE. Los demógrafos han ido poniendo sobre la mesa algunas de las razones por las que la natalidad española ha pasado de casi diecinueve nacimientos por cada mil habitantes en 1975 a poco más de nueve en 1996[17]. Las hipótesis manejadas son muchas y muy diversas, y algunas constituyen motivo de felicitación para la sociedad, puesto que ponen de relieve una total capacidad y plena libertad para controlar la fecundidad: en el último cuarto de siglo las mujeres españolas han elevado su formación y disponen de todos los medios anticonceptivos.

Otros factores reductores de la natalidad deben verse, por el contrario, con preocupación, ya que estarían forzando a limitar el número de hijos. En los dos últimos decenios ha cambiado radicalmente el papel de las mujeres en la sociedad y en la familia. Lo que la sociedad esperaba de ellas era el matrimonio y que tuviesen hijos, mientras que ahora pueden y quieren desarrollar una profesión, en teoría, en competencia libre en el mercado de trabajo, y deben, en la práctica, aportar ingresos en el hogar en términos de igualdad. No le es fácil a una mujer casarse si no tiene sus propios ingresos, y una familia tampoco puede hacer frente al nacimiento de un hijo sin las rentas de los dos miembros de la pareja. Pero, a la vez, las empresas no están dispuestas a soportar los costes y los inconvenientes derivados de la maternidad: la tasa de empleo de las mujeres españolas está treinta puntos por debajo de la masculina y es de las más bajas entre las de los países de la UE.

En la sociedad competitiva y fuertemente consumista en la que en buena medida se basa el sistema económico en el que navegamos, se tiende a considerar, cada vez más, a los hijos como un lujo. En la teoría desarrollada por Gary Becker[18], ante la decisión de tener un hijo, las familias de las sociedades ricas se comportan como en la adquisición de los objetos de lujo. La calidad prima sobre la cantidad y el número de hijos se reduce, en algunos casos hasta cero. La imagen de los hijos como carga económica no es nueva; cuando se quería explicar por qué la fecundidad era menor en las ciudades que en el medio rural, se decía que los hijos eran más caros en la ciudad que en el campo, pero en la sociedad actual, considerada la educación como un bien en sí mismo y los altos niveles de consumo como irrenunciables, los hijos pueden haberse convertido en una carga excesiva para muchas economías familiares, ya que han dejado de ser ayuda familiar desde niños y sostén de los padres ancianos. Estos cambios se conjugan necesariamente con la aparición de sistemas de asistencia social que, entendiéndolo que los niños son un bien social, desarrollan políticas enfocadas a ayudar a las familias en su educación y atención. No se trata sólo de establecer algunas ayudas

económicas como compensación de las rentas que las familias han de destinar a los hijos, sino que deben ir más lejos, creando una estructura de servicios y ayudas integrales para los hogares con niños pequeños y un marco de relaciones laborales que hagan compatible la actividad profesional con la paternidad.

Tampoco conviene dejar de lado otros aspectos colaterales, a veces coyunturales, pero de gran trascendencia en el descenso de la natalidad. Por ejemplo, la inexistencia de un mercado de vivienda en alquiler junto con los altos índices de paro y la precariedad del empleo son algunas de las principales causas del retraso en la edad de contraer matrimonio y de la paternidad, especialmente en una sociedad como la española sin apenas natalidad fuera del matrimonio. El porcentaje de jóvenes entre 25 y 29 años que permanecen en el domicilio paterno es del 62% en España, frente a proporciones inferiores al 20% en Alemania, Francia o Gran Bretaña[19].

En España, si nos atenemos a los hechos, nunca ha habido políticas decididas de apoyo a la natalidad. Lo del franquismo fue burdo propagandismo, y después no ha habido nada. Resulta grotesco que una familia española haya de tener once hijos y una renta no superior a 1,3 millones (!) para obtener las mismas prestaciones que una familia alemana con dos hijos. Pero la cosa no termina ahí: frente a tasas superiores al 20% en varios países de la UE, en España sólo hay plazas escolares públicas para el 2% de los niños de 0 a 3 años[20]. De momento, la Ley de Conciliación de la Vida Laboral y Familiar y el anunciado Plan Integral de Apoyo a la Familia no han hecho que se incremente el gasto social en familia e infancia, que es del 0,4% del PIB, frente al 1,2 de la UE.

Parece, pues, que en el actual estado de cosas los hijos constituyen una carga económica excesiva para las familias y un fuerte factor discriminante para las mujeres. Además de guarderías gratuitas y alquileres sociales, deberán producirse cambios en la educación para terminar con el sexismo cultural que se opone al equilibrio de los roles domésticos. Asimismo, es imprescindible un sistema moderno de adaptación del marco laboral. Si se quiere que nazcan más niños, la sociedad en su conjunto debe empeñarse en que no se penalice a las mujeres, para lo cual habrá de facilitarles los apoyos necesarios para que puedan ejercer, sin más mermas que las propias del embarazo, parto y lactancia, su derecho al pleno desarrollo profesional.

Si, como se dice, las bajas tasas de natalidad son la principal causa de los graves desajustes intergeneracionales en la pirámide y de la denominada situación de *declive*, con nefastas consecuencias económicas para el futuro, convendría que, cuanto antes, además de preocuparnos por los pensionistas del futuro, nos planteásemos seriamente modificar las condiciones que han restringido de tal manera la fecundidad. Al margen de que puedan defenderse como deseables mayores tasas de natalidad, lo que sin duda hay que reivindicar es un modelo de sociedad que, en vez de impedir, ayude a las mujeres españolas a ejercer libremente su derecho a la maternidad. Y siempre sin olvidar que, aunque la inversión esencial sea nuestra propia sustitución[21], el aumento de la natalidad supondrá de inmediato una nueva carga para la sociedad, desde el Estado a las familias.

La mayor parte de las propuestas de acción en relación con el fenómeno inmigratorio están formuladas en términos empresariales y, desde la perspectiva del Estado, la

llegada descontrolada de inmigrantes se ve como una grave amenaza para la paz social; además de intentar controlar el número, se prefiere a los que ofrezcan unas mejores perspectivas de integración o asimilación. No faltan tampoco quienes defienden la desaparición de controles, aunque no ponderen los efectos que tanto para los países de origen como para los de destino, y sobre todo para los propios inmigrantes, podría llegar a tener semejante trasiego de seres humanos a merced del mercado. En todo caso, y sólo desde la perspectiva de la sociedad que las recibe, las migraciones son objeto de valoraciones muy distintas e incluso contradictorias. Desde posiciones neoclásicas se proclaman sus efectos beneficiosos para la economía propia. Las asociaciones empresariales insisten en la necesidad urgente de mano de obra, a pesar de que hay altos niveles de paro y que se jubila a la fuerza a los trabajadores con anticipaciones de diez o doce años. Otros, que se mueven en un abanico que va desde la sensatez a los sentimientos xenófobos, muestran temor ante los problemas de desestabilización que inevitablemente habrá de producir el multiculturalismo [22].

Pero, al margen de opiniones y actitudes más o menos plausibles, las corrientes migratorias llevan años fluyendo hacia España y van a intensificarse en el futuro inmediato. Dentro del orden jurídico establecido, y en consonancia con las directrices de la UE, es prioritario disminuir lo más posible las situaciones de ilegalidad que privan a los inmigrantes de derechos básicos y les colocan a merced de ser explotados en el trabajo. Las acciones políticas que deberían estar ya aplicándose podrían comenzar por educar para vivir en una sociedad más diversa y también habrá que potenciar las acciones sociales necesarias para corregir los procesos de exclusión y marginación, en los que la vivienda es un elemento clave.

Desde una perspectiva geodemográfica, sería deseable que los flujos migratorios fuesen suaves y estables y que, mediante la articulación de políticas positivas de localización (vivienda y empleo), pudiesen suavizarse los efectos de concentración y formación de guetos que tienden a producirse por la lógica actitud autoprotectora de los inmigrantes y la organización espacial de los mercados de trabajo y, especialmente, de vivienda. Dichas políticas podrían servir también para ayudar a contener el despoblamiento de zonas rurales en proceso de abandono. Cuando se habla de los inmigrantes que necesita la población española se elude la dimensión espacial del proceso. Sin embargo, la incorporación de los inmigrantes a la población española tiene inmediatas consecuencias sobre poblaciones, sociedades, economías y territorios concretos[23]. Los conflictos sociales que han ido produciéndose van siempre ligados al nombre de algún lugar concreto.

Por lo que respecta al envejecimiento, conviene no olvidar que, aunque suele verse como algo exclusivo de los países ricos, es un proceso universal, que ha tardado más de un siglo en realizarse en los países europeos, pero que en los países en desarrollo está produciéndose tres o cuatro veces más deprisa[24]. Estamos, sin duda, ante una situación demográfica nueva en la historia de la humanidad, que tendrá infinidad de implicaciones de todo tipo a las que sin duda la sociedad sabrá adaptarse. Una muy importante es la mayor duración de la vida humana que, además de obligar a replantear el sistema de pensiones, supondrá cambios en los períodos en que se venía organizando la vida de las personas. Quizás el retraso con que se produce la asunción de responsabilidades familiares por parte de los jóvenes no sea ajeno al hecho de que, habiéndose percatado de que su vida va a durar al menos diez años más que las de sus

padres, han intuido que deben aprovechar esos años de propina en su etapa juvenil en lugar de dejarlos para la jubilación. Esta idea, que he escuchado explicar a Anna Cabré, puede ser tildada de inconsistente, pero constituye un buen ejemplo de la actitud positiva e imaginativa con que hay que afrontar el futuro demográfico de las personas como compensación necesaria de los efectos aplastantes de la abstracción macroeconómica.

Aunque parece que todo el mundo está en disposición de dar alguna, la dinámica de la población no admite conclusiones tajantes ni soluciones simples. En las bibliotecas comparten estantes textos que anuncian cómo la superpoblación llevará inexorablemente en forma de explosión al agotamiento del planeta con otros que avisan del envejecimiento y de *declive*, que también será una forma de suicidio demográfico. Quizás este tipo de asertos sea un requisito imprescindible para ocultar el carácter poco divertido de la Demografía y tratar de hacerla espectacular para poder así presentarla en las portadas de los periódicos, pero en la dinámica demográfica casi nada es irremediable ni definitivo y todo exige tediosas explicaciones técnicas y largas consideraciones metodológicas para, al final, acabar diciendo casi siempre, si se es suficientemente honesto, que la cosa no está del todo clara. Pero hay que reconocer que así resulta imposible hacer titulares de prensa y, lo que es peor, no se consigue prender la atención de la sociedad.

[1] El Centre d'Estudis Demogràfiques de Catalunya es la honrosísima excepción a la absoluta ausencia de instituciones dedicadas al estudio de la población en España. En los años ochenta se creó en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas un Instituto de Demografía de Madrid, con fondos de esta comunidad autónoma, pero desapareció cuando el demógrafo Joaquín Leguina dejó de ser presidente del gobierno regional.

[2] *Replacement Migration: Is it A Solution to Declining and Ageing Populations?* Naciones Unidas, Nueva York, 2000. <http://www.un.org/esa/population/unpop.htm>.

[3] Según el mencionado informe, las *migraciones de reemplazo* son las migraciones internacionales que se necesitarían en cada país para evitar la disminución y el envejecimiento de la población que resulta de tasas de fecundidad y de mortalidad bajas.

[4] Estos son los aspectos esenciales del informe dados a conocer a través de los medios de comunicación. Véase *El País*, 7 de enero de 2000, págs. 1 y 25.

[5] *El País*, 13 de diciembre de 2000, pág. 33.

[6] La noticia recoge informaciones facilitadas por la actual presidenta del INE en las que rectifica otras informaciones hechas públicas un año y medio antes por la presidenta anterior (*El País*, 23 de junio de 1999), según las cuales, y de acuerdo con las proyecciones que acababa de realizar el propio Instituto, «España no llegará a los cuarenta millones». En honor a la verdad, hay que decir que en las mismas declaraciones se advertía que la afluencia de inmigrantes podría, como así ha sido, variar las estimaciones.

[7] Rafael Puyo, «Las migraciones en España. Cinco siglos después, regresan los árabes», *Veintiuno*, Primavera 1992, págs. 63-70.

[8] En la nota de prensa 216 del 26 de junio de 2001 (www.ine.es), el INE señala que en 2000 se han registrado 17.947 nacimientos más que en 1999 y que, aunque no aún no es posible desglosar el número de nacimientos de madres extranjeras para dicho año, es de suponer que el crecimiento se debe en buena medida a los inmigrantes. Ya en 1997 y 1998 se registraron, respectivamente, 13.500 y 14.800 nacimientos de madres extranjeras.

[9] El Instituto Nacional de Estadística, en cumplimiento de una de sus principales y más antiguas tareas, hace recuentos periódicos de los habitantes y nos dice cuántos y cómo somos. Pero conviene señalar, sólo a título de ejemplo, que el proceso para hacer oficiales los datos de la revisión padronal correspondiente al 1

de enero de 1999, que debería tener un carácter puramente técnico, fue resuelto mediante un acuerdo político con la Federación Española de Municipios y Provincias, que se negó a aceptar las revisiones, siempre a la baja, que el INE hacía de las cifras de población facilitadas por muchos municipios. El Consejo de Empadronamiento, en su reunión del 30 de noviembre de 2000, probablemente subordinando la veracidad demográfica a los intereses de los ayuntamientos, dio por buena la cifra de 40.202.160 habitantes, y el Consejo de Ministros del 29 de diciembre de 2000 la declaró oficial.

[10] *Hacia una Política Urbana para la Unión Europea*. Bruselas, 6 de mayo de 1997, pág. 4.

[11] *Eustat. Statistique sociales européennes. Résultats de l'enquête sur les forces de travail 1999*. Luxemburgo, 2000.

[12] Tanto la estadística como el análisis demográfico establecen tradicionalmente la barrera de los 65 años como límite que separa la población activa de la población jubilada.

[13] Cerca de un 20% de las personas mayores de 65 años tienen dificultades para cortarse las uñas de los pies. Véase M^a Dolores Puga González y A. Abellán García, «Nuevos riesgos y demandas del envejecimiento en España: Las situaciones de Dependencia», en Varios autores, *Las claves demográficas del futuro de España*. Madrid, FCC, 2001, págs. 247-276.

[14] P. Ibern y G. López i Casanovas, «Dependencia: responsabilidades públicas y privadas», *El País*, 31 de julio de 2001, pág. 22; D. Casado y G. López i Casanovas, *Vejez, dependencia y cuidados de larga duración*. Barcelona, Fundación La Caixa, 2001.

[15] Un 88,9% de los mayores necesitados de este tipo de ayudas las reciben en el ámbito de la propia familia, un 7,3% de empleados de hogar remunerados y sólo el 0,2 del voluntariado. Véase M. D. Puga y A. Abellán, *op. cit.*, pág. 260.

[16] Paul Wallace, *El seísmo demográfico*. Madrid, Siglo XXI, 2000, pág. 38.

[17] Margarita Delgado, «¿Por qué es tan baja la fecundidad española?» en Varios autores, *Las claves demográficas del futuro de España*. Madrid, FCC, 2001, págs. 135-157.

[18] Gary Becker. *Tratado sobre la familia*. Madrid, Alianza Universidad, 1987.

[19] *¿Cómo somos los europeos?* Madrid, Aguilar, 1999, pág. 64.

[20] Podrían establecerse otras muchas comparaciones siempre igual de escandalosas. Véase Varios autores, *¿Convergencia o Divergencia? Comparación de tendencias sociales recientes en las sociedades industriales*. Madrid, Fundación BBV, 1995.

[21] Paul Wallace, *op. cit.*, pág. 255.

[22] Giovanni Sartori, *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjería*. Madrid, Taurus, 2001, 144 págs.

[23] A. Izquierdo. *Inmigrantes y habitantes, o cuando la ecuación se descompensa*, en *Las claves demográficas del futuro de España*. Madrid, FCC, 2001, pág. 202.

[24] P. Reques. *Población, Recursos y Medio Ambiente: ¿El final de los mitos?* Santander, Universidad de Cantabria, 2001.